

Cain y Abel en su versión española. La novela - imagen de la Guerra civil vista desde la ultraderecha falangista. Ximénez de Sandoval y su Camisa azul

Mirela Ioana Lazăr

Resumen: El presente artículo versa sobre aquella parte de la narrativa española que se constituye como la imagen – inmediata, caliente, subjetiva – de un tiempo histórico marcado por la Guerra civil de 1936-1939. Al ocuparse de la gradual acumulación de las tensiones ideológicas, del estallido y desarrollo de la contienda y al recrear, con los medios de un arte sumamente comprometido, la atmósfera de un mundo violento y tajantemente dividido entre “los buenos” y “los malos”, según se mire, esta clase de narrativa quiere ser, simultáneamente, un testimonio, una justificación y una incitación propagandística. Del amplio conjunto de novelas pertenecientes a esta categoría – aparecida con la guerra, pero no desaparecida con ella –, existente entre los dos bandos en conflicto, estudiamos aquí únicamente las que representan la ideología de las derechas, de la ultraderecha falangista sobre todo y, más concretamente, una que se ha vuelto emblemática para este mundo que ha perdido su norte y piensa haberlo encontrado bajo el signo de la camisa azul.

Palabras clave: literatura española / narrativa / novela; novela ideológica / de los “nacionales” / falangista; novela sobre la Guerra civil española; novela de la década de los 30; Ximénez de Sandoval; Camisa azul.

Abstract: The paper herein is focused on the part of the Spanish narrative which is constituted as the image – immediate, warm, subjective – of a historical period marked by the 1936-1939 Civil War. In dealing with the gradual accumulation of the ideological tensions, the outbreak and the development of the conflict and with the recreation, by the means of a highly committed art, the atmosphere of a violent world and sharply divided between “the good” and “the bad”, as it appears, this kind of narrative aims to be simultaneously a testimony, a justification and a propagandistic incitement. Out of the wide range of novels belonging to this category – which appeared with the war, but did not disappear with it – existent between the two sides in the conflict – we study here only those that represent the ideology of the Right, especially of radical right Falange and, specifically, one that has become emblematic for this world which has lost sight of something and thinks to have found it under the sign of the blue shirt.

Key words: Spanish literature/ narrative/novel; ideological novel/ of the nationals/Falangist; novel about the Spanish Civil War; novel of the 30’decade; Ximénez de Sandoval; Camisa azul.

Si la historia parece haber sido una larga serie de acontecimientos conflictivos, si la violencia parece ser una de las leyes más inmutables e implacables de la sociedad humana, nunca se ha averiguado más tajantemente esta verdad que en las guerras, de las que las “civiles” son la suprema muestra. La Guerra civil española de 1936-1939, entre otras.

Esta lucha fratricida a escala nacional - colofón de unas tensiones remotas, originadas, principalmente, en las discrepancias ideológicas y de mentalidad del Siglo de las Luces, pero que habían venido aumentando, sobre todo, después del fallo producido en la sociedad española por la Guerra de la Independencia -, este conflicto, que arrasó el país y atormentó las conciencias, llegó a cobrar descomunal magnitud en el discurso intelectual y la creación literaria de la época que se dejaron empapar por las dramáticas circunstancias de la realidad. El episodio bíblico de Caín y Abel, que sirvió para dar una imagen parabólica de aquel mundo hispano trastornado, se volvió pronto el tópico más significativo (y acaso el más exacto) para representar en la conciencia colectiva tanto la guerra misma, como el conjunto de acontecimientos históricos y los enfrentamientos de ideas que la habían precedido y preparado, en un ininterrumpido proceso cuya acción subversora, al haber segregado el país en “las dos Españas” ideológicas, desembocó en las trincheras de la guerra.

Después de la caída de la Monarquía y el advenimiento de la República a principios de la década, el agitado escenario político nacional, en consonancia con lo que estaba pasando en el resto del continente europeo en aquellos terribles años '30, presenciaba la afirmación, no por tímida menos agresiva, de un nuevo movimiento ideológico, la Falange Española (FE), de tipo e inspiración fascistas, pero que intentaba delimitarse al de Mussolini, al reivindicar un espíritu propio, castizo, cortado pues a la medida de lo más típicamente español. En tanto que formación política - aunque construida a partir de un círculo de amistades y, algo más significativo aún para el tema del presente artículo, de un grupo unido por afinidades estéticas -, la FE era un partido de extrema derecha. Se proponía lograr para España, además de la reconstrucción del difunto Imperio hispano, una reinstalación de los antiguos valores morales de la hispanidad, tales como el honor, la unidad, la grandeza, el catolicismo activo, aspecto en el que coincidía con la ultraderecha reaccionaria, a lo que se añadía la intención de resolver los conflictos sociales mediante unos sindicatos “verticales”, interclasistas, pero que preservaran los privilegios de los que siempre habían detentado el poder financiero y político. Los medios por los cuales este nacional-sindicalismo quería conseguir sus fines era la violencia revolucionaria, aspecto en el que resulta manifiesta su similitud con el comunismo, concretada en la aplicación práctica, antes del estallido de la Guerra civil, de “la dialéctica de los puños y las pistolas”, fórmula acuñada por su jefe, y del llamado “pistolero en la universidad”, que supuso sangrantes enfrentamientos entre los estudiantes de la extrema derecha y la extrema izquierda. Su líder, José Antonio Primo de Rivera, aristócrata e hijo de un militar cuya actuación en tanto que dictador del país había desacreditado aún más la ya desprestigiada monarquía española, precipitándola hacia su final, en 1931 -, era una figura carismática para los jóvenes universitarios. Ellos veían en él la perfecta personificación de sus sueños juveniles de grandeza, el

único que sería capaz de conducir hacia la realidad de los actos cumplidos sus afanes de cambiar el mundo, de vivir en su carne una desorbitada aventura viril, heroica, rebelde, de encontrar una meta suprema a la que ofrendar su abnegación. José Antonio se lo ofrecía. Y se les ofrecía *jefe, maestro, camarada, hermano*.

En este clima general de tensiones que venían acumulándose y agudizándose, la cultura española vivía su época de gloria. Desde la década anterior, el campo artístico había conocido un período de efervescencia creadora; también, en el campo de la reflexión crítica habían aparecido planteamientos novedosos, por lo que este momento de auge fue llamado luego la *Edad de Plata* de la cultura española, no superada más que por el *Siglo de Oro* barroco. Pero en 1936 todo fue cortado tajantemente por la Guerra civil. A partir de aquel año, lo que había sido la gran cultura española, aquella cultura libre de todo condicionamiento exterior a su esencia, cesó de existir. El conflicto bélico, al radicalizar las conciencias o, por lo menos, al obligar a todos a tomar partido por uno u otro bando, tuvo como efecto en el campo del arte un empobrecimiento general debido, por una parte, a la hemorragia de republicanos, entre los que encontramos a la mayoría de los más insignes creadores del momento, los cuales abandonaban el país ahuyentados por el avance de las tropas franquistas, y, por otra parte, a la decisión de la mayoría de los artistas que se quedaron de poner su trabajo al servicio de una u otra de las dos fuerzas combatientes. Así pues, la literatura se volvió, aunque no de manera absoluta, mero pretexto para la propaganda y reflejo servil de la realidad inmediata, ocupándose, con la pasión desmedida y ciega que da el compromiso, cuando no con un empeño nacido del oportunismo, de lo que estaba pasando en la retaguardia o en el frente de batalla. Así pues, izquierdas y derechas, es decir, republicanos y “nacionales” (como les gustaba a las fuerzas rebeldes llamarse por oposición a sus adversarios a los que tachaban de “anti-España” y de “rojos”, vendidos al comunismo), se enfrentaban entre sí también a través de la literatura: poesía, teatro, prosa, ensayo, artículos de prensa ya no eran más que armas de combate de los escritores, vueltos defensores absolutos de la “verdad”, la “justicia”, la “excelencia” propias y correlativamente, críticos encarnizados de la “equivocación”, la “injusticia” y la “bestialidad” ajenas. Claro está que la nueva misión testimonial o militante que asumió la creación de la época y que prevaleció sobre la meta implícita de toda obra que pretende ser artística determinó su escaso valor literario o incluso, a veces, su completa ausencia, lo que se puede averiguar al leer casi cualquier texto del tiempo de la guerra o al hojear las antologías¹. Los comentaristas de la producción literaria de la época son casi unánimes en afirmar que lo que la caracteriza es, globalmente, su poquedad artística, hecho que explica, en parte, la falta de interés de las generaciones ulteriores de lectores y su incapacidad de influir estéticamente en la creación posterior al momento.

¹ Destacaríamos entre éstas, *Suplementos Anthropos – Literatura sobre la guerra civil. Poesía, narrativa, teatro, documentación: la expresión estética de una ideología antagonista*, núm. 39, Barcelona, 1993. La razón de nuestra elección es que esta antología, además de ocuparse de todos los géneros literarios y de ofrecer ejemplos de escritos representativos para los dos bandos en conflicto, como se puede entender ya del título, tiene el mérito de reunir, al lado de trozos de la literatura española, obras de autores extranjeros sobre la Guerra civil, marcadas en general, ellas también, por el mismo subjetivismo.

Lo expuesto sobre la literatura de la Guerra civil podría explicar por qué las historias literarias que se ocupan de este período se centran sobre todo en la descripción del cuadro general en el que las obras se produjeron, el cual causó esta brusca bajada de la calidad, para otorgar una atención más bien clasificadora que analítica a los textos mismos, al presentarlos por listas de títulos reunidos por categorías y raras veces destacados por alguna caracterización que los individualice. De hecho, hay pocos libros que merezcan, desde el punto de vista artístico, una atención particular y, si nos vamos a ocupar aquí de una determinada novela, entre tantas otras del montón, no es por su excelencia formal, sino porque encontramos en ella, en sumo grado, todo el “menú” ideológico del falangismo. Se trata de *Camisa azul. Retrato de un falangista*, escrita por Felipe Ximénez de Sandoval, una obra casi didácticamente ideologizada, perfecto ejemplo de lo que significa poner su arte al servicio de una causa que le es exterior y que es, encima, un ideario político extremista, por lo que resulta interesante ver cómo logra en la práctica el autor su objetivo militante. Es más, si sobre la Guerra civil como fenómeno de conjunto se ha escrito enormemente y desde perspectivas varias – política, filosófica, histórica, sociológica, económica e incluso cultural –, si sobre la literatura relacionada al conflicto se han venido publicando innumerables estudios de ámbito general o de más restringida amplitud temática, pero siempre desde perspectivas más abarcadoras, hay, en cambio, pocos análisis que se ocupen detenidamente de una u otra de las obras aparecidas durante la contienda o inmediatamente después y, entre ellos, hay aún menos dedicados a los textos que reúnen estos dos atributos: ser novelescos y ser falangistas. Ahora bien, la narrativa falangista de la guerra, que se trate de la testimonial o de la militante, de la que versa sobre la existencia en la retaguardia o de la que nos introduce en la vida del soldado en el frente, es importante desde el punto de vista cuantitativo, pero lo es sobre todo porque sus rasgos, doblemente determinados, literaria e ideológicamente, le confieren un perfil muy peculiar y muy acentuado, apto para desempeñar la función que el autor le haya asignado. Más exactamente, de un lado, este género literario es, por su naturaleza, idóneo para relatar los hechos de armas, las hazañas de los héroes, tal como quieren ser vistos los jóvenes falangistas, para construir ambientes en los que aparezcan iluminadas sus figuras de “hombres nuevos”, educados en el espíritu revolucionario de la Falange, para describir sus cualidades extraordinarias que los hacen protagonizar cualquier acontecimiento en el que participan y, también, para dar pie, a través de enardecedores diálogos y patrióticos soliloquios, a la exposición ideológica. De otro lado, el falangismo transpuesto en novelas se destaca entre las otras novelas de guerra escritas desde la derecha – que se contentan con ensalzar a los “nacionales” y condenar en bloque a los “rojos”, pero sin asumir un perfil ideológico determinado – justamente por su marcado carácter partidario, inconfundible, presente en todo lo que la FE hace, proclama, publica, y sobre todo por el toque muy especial de su retórica, que es lo que la Falange tiene más de particular y que constituye su aporte más novedoso.

De las muy numerosas novelas sobre la guerra – publicadas durante su transcurso mismo o en la más inmediata posguerra – escribe Santos Sanz Villanueva en su *Historia de la literatura española* (1991: 57):

A pesar de semejante abundancia, son no pocos los críticos que argumentan que tan relevante acontecimiento histórico no ha obtenido la significación literaria que pudiera esperarse. Esta valoración negativa no atiende a la cantidad sino a la dignidad literaria y ésta, en una parte considerable de los títulos, es escasa (...). (...) lo que predomina en aquel primer período es una tónica de exaltación política y de incontinencia belicista que convierte a aquellos relatos en pasionales testimonios, pero no en obras de arte estimables.

Y añade Sanz Villanueva (1991: 58):

Ese belicismo es un sentimiento tan profundo y un principio ideológico tan arraigado que se exhibe como un distintivo generacional (...). La de la lucha constituye una nobilísima causa ante la cual poco importan dolores y sacrificios, siempre compensados por el entusiasmo combativo del soldado, que se deleita, incluso, con los padecimientos en honor de los principios por los que ansía entregar su vida. La muerte, por consiguiente, no es un peligro sino un premio y a esta concepción se subordina el resto del relato, desde los personajes – de una simplificación maniquea – hasta el argumento. Por ello suele haber una trama sentimental, simple adorno anecdótico que será sacrificado porque el amor es algo indigno comparado con la noble empresa de luchar.

Al hablar, entre otras, de la novela de Cecilio Benítez de Castro, *Se ha ocupado el kilómetro seis* (1939), subtitulada *Contestación a Remarque* para subrayar su oposición al pacifismo de éste y altamente representativa para toda una categoría de novelas falangistas, el historiador constata (1991: 58-59):

En ella percibimos un tono general de época: exaltación bélica – defendida desde un explícito prólogo – y declaración expresa del sustento ideológico del autor, falangista, en cuya defensa y propaganda se cifra la razón última de ser del relato. (...) Otro elemento de época aporta Benítez de Castro, una óptica narrativa mediatizada por un entusiasmo casi lírico que impide un auténtico reflejo testimonial.

Sanz Villanueva menciona también (1991: 64-66), en relación con varias otras novelas de la misma índole, el vitalismo regenerador que rige la ideología de los protagonistas y su convicción de representar los valores más genuinos de la raza. No otra es la opinión global sobre el tema de Óscar Barrero Pérez quien, en su *Historia de la literatura española contemporánea. 1939-1990* (1992: 20-21), apunta que, inicialmente, “el escritor opta por desahogar su drama particular (que era el de todos sus compatriotas) en una escritura comprometida con la Historia inmediata”, para intentar después salir de esta espiral de la obsesión; pero “La guerra, de todas formas, fue el punto de referencia de una parte considerable de la literatura española hasta los años sesenta”. Del abundante número de novelas escritas desde 1939 hasta los primeros años cuarenta dice Barrero Pérez (1992: 21): “Pocas de ellas merecen recordarse por su calidad literaria: prima ante todo el testimonio directo, sin excesivas preocupaciones formales. En algún caso, la

voluntad de desterrar la literatura en beneficio del mensaje transmitido es expresa”. El caso al que el estudioso se refiere es la misma novela arriba mencionada, la de Benítez de Castro del que se añade a continuación que “representa a la juventud falangista combatiente, y su novela asume un tono de exaltación vital que reniega de todo lo que de negativo le es consustancial al hecho bélico”, tal como lo hacen todas novelas de este grupo. Pues “Fue en el terreno novelístico donde se alcanzaron los mejores logros de la escritura próxima a los ideales falangistas”, afirma Barrero Pérez, que ofrece otro ejemplo de la misma categoría, el libro de Rafael García Serrano, *Eugenio o la proclamación de la primavera* (1938), en el cual se manifiesta la mayoría de los rasgos diferenciadores de las novelas falangistas frente a las demás novelas de guerra escritas desde la derecha (1992: 33): “agresividad y violencia del personaje, paralelismos de raigambre mitológica (...), anteposición de la lucha por la España en la que cree el protagonista a cualquier otro elemento (incluido el amor)”. Barrero Pérez (1992: 24-25) nos da una lista de nueve características de las novelas de guerra publicadas por escritores de derecha, de las que mencionamos aquí - y sirva eso de síntesis de todo lo dicho anteriormente - sólo las que son propias de las novelas falangistas. Así, en todas ellas se dan:

- 1) la preeminencia de la ideología sobre cualquier otro elemento textual; 2) el maniqueísmo que separa los personajes en positivos o negativos, en función de su opción ideológica, que determina, luego, todo su perfil humano; 3) la interrupción del hilo narrativo por frecuentes disquisiciones ideológicas y anotaciones históricas que tienen que demostrar la justeza de una guerra destinada a salvar la Patria del caos social y de la decadencia moral que habían encontrado en la República su expresión suprema; 4) la agresividad, típicamente falangista, tanto en el tono autorial, como en la actuación del protagonista, precisamente como respuesta a la necesidad de contrarrestar el peligro de disolución de la identidad y la moral representado por las izquierdas o las derechas moderadas; 5) la encarnación de todos los principios más altos de la FE en una figura de héroe, que muere simbólicamente al final de la obra, al sacrificarse por el sublime ideal falangista que recibe, de este modo, la suprema sanción en tanto que lección de historia, hombría, patriotismo.

Después de haber pasado revista los rasgos generales de las novelas falangistas que tratan de la Guerra civil, pasemos ahora a una de ellas que, al igual que las dos arriba citadas, *Se ha ocupado el kilómetro seis* y *Eugenio o la proclamación de la primavera*, no sólo corresponde plenamente a este esquema, sino que se puede considerar, por su contenido y forma, el prototipo del que éste haya podido configurarse.

Camisa azul. Retrato de un falangista, por Felipe Ximénez de Sandoval

Sobre esta novela, Eugenio G. de Nora (1962: 356) opina que “con más de iconografía ideal que de invención novelesca, y donde la tendencia ditirámica - que lleva incluso a redactar en verso un pasaje titulado *El falangista y la luna* - se disuelve frecuentemente en retórica”, mientras que Ignacio Soldevila (2001: 340) habla de su “evidente autobiografismo y de su cualidad de *bildungsroman* de una educación

falangista”, y los dos tocan aspectos fundamentales de la novela.

Escrita por un “camisa vieja”, como orgullosamente se llamaban a sí mismos los falangistas de primera hora, y mezclando una exposición poética de la ideología falangista con el relato del épico heroísmo de sus partidarios, la novela merece, más que simples menciones en las nóminas de títulos del período de la guerra, que parece ser lo único que le hayan otorgado hasta ahora los investigadores, al menos algunas páginas de análisis e interpretación. Si su valor artístico es discutible, lo que hace de ella el objeto de nuestro estudio es su valor representativo para toda una serie de obras narrativas concebidas en las mismas condiciones, con las mismas intenciones y con los mismos instrumentos textuales sacados del ideario y la retórica falangistas.

Felipe Ximénez de Sandoval (1903-1978), licenciado en Derecho, abogado y diplomático, fue un escritor prolífico y polifacético que abordó varios géneros literarios y estilos muy distintos, pasando del vanguardismo intelectualista inicial a una creación épico-lírica típica para la narrativa falangista de la contienda civil y, luego, a un humorismo poético que alternó con un realismo de tipo decimonónico.

Al estudiar los pocos datos que de su vida y obra se pueden hoy encontrar en la bibliografía crítica, podemos considerar que el momento más trascendental de su existencia es el contacto con la naciente Falange Española, ya que tanto los acontecimientos ulteriores de su biografía, como las obras que lo han hecho conocido están en relación con la correspondiente formación. En este sentido, hay que mencionar que, desde el principio, él integra “la corte literaria de José Antonio” - el grupo de escritores a los que el jefe de la Falange aglutina en torno suyo para construir juntos las señas de identidad de la formación - y que, en esta calidad, él participa en la configuración de la retórica falangista. También es preciso señalar que, más tarde, se le asigna el cargo de delegado del Servicio Exterior de la FE. Pero lo que corona este fervor suyo y lo que hoy nos permite conocer al autor son dos de sus obras, una ficcional y otra biográfica, que muestran cuán grande es la capacidad de ilusionarse del hombre y, al mismo tiempo, en el caso de la primera, qué le pasa a la literatura cuando los mandamientos ideológicos usurpan su derecho soberano de autonomía artística. Se trata de la novela ya mencionada, de la cual nos ocupamos a continuación y cuyo protagonista genérico es la misma Falange, y respectivamente de *José Antonio. Biografía apasionada* (1941), cuyo título es harto significativo.

Si nos detenemos ahora en *Camisa azul. Retrato de un falangista*, notamos desde el principio que, aquí también, el título ya nos indica el hecho de que el autor, al hablarnos de la camisa azul, el uniforme de la Falange, y al hacer el retrato de un falangista, se centra en el tema de lo que sabemos constituye su credo y es nutrimento de sus actuaciones. Además, la novela está encabezada por el lema y grito ritual de la FE: “Por la Patria, el Pan y la Justicia ¡Arriba España!” y por una dedicatoria que reza así: “A todos los que han caído, caen y caerán con nuestra camisa, por la España Una, Grande y Libre de José Antonio. Y a Él, que nos manda vivir o morir en acto de servicio. Brazo en alto, F. X. S”. Es fácil ver que Primo de Rivera es para el autor - tal como lo era para todos los jóvenes falangistas de primera hora, que lo conocían personalmente, igual que, más tarde, para los nuevos falangistas, por haber muerto como un “mártir”, asesinado por

los “rojos” - casi un dios, cuyos deícticos se escriben con mayúscula, pero también es un “hermano”, llamado familiarmente por su nombre. El que hace la dedicatoria, al escribir “nuestra camisa” a propósito del uniforme de la FE, confiesa su pertenencia y la remata con la cita de los lemas falangistas y con el saludo fascista. Así, queda marcada desde el principio la intención del autor de poner su novela bajo el signo de su credo político y de hacer de ella una ofrenda a la Falange. Lo que nos proponemos aquí, a partir de esta demostración de fe en la FE (sigla seguramente no casual), es estudiar la novela para ver cómo se puede instrumentalizar una obra artística para conseguir fines ideológicos.



Redactado entre noviembre de 1936 y septiembre de 1937 y publicado en 1939, el libro presenta la historia de un falangista del Madrid republicano, perteneciente a la pequeña burguesía, estudiante de Historia y Filosofía, Víctor Alcázar Serrano. Su nombre, simbólicamente escogido, nos indica ya que el joven es predestinado a ser un vencedor y, a pesar de su muerte al final de la novela, en la lógica del ideario falangista sí que lo es, pues un “caído” por la FE “no muere nunca” y siempre vale más que los vivos porque se ha convertido en un héroe.

Para resumir la acción de este libro - en el cual la exposición teórica, las reflexiones filosóficas y las efusiones líricas superan las dimensiones de los episodios narrativos -, hay que decir que tiene dos partes, dedicadas a la paz y a la guerra, respectivamente. En la Primera Parte, pocos días antes del estallido de la guerra, en el Madrid de la República, Víctor y sus camaradas vengán a tiros de pistola la muerte de otro camarada suyo, Enrique, antiguo socialista convertido al falangismo, asesinado, por traidor, por sus anteriores correligionarios, acto seguido le preparan un entierro solemne, digno de un falangista, ocasión con la cual el padre del “caído”, impresionado tanto por la conducta ejemplar de los jóvenes, como por el espectáculo mortuorio enaltecedor y persuadido por las palabras entusiastas y justas del protagonista que le explica su credo político, comprende la superioridad absoluta de esta ideología frente a las demás y la necesidad de aplicarla, como única solución a los problemas de España. Algunos días después -ya empezada la guerra el 18 de julio de 1936 -, Víctor va con su escuadra a defender contra las “hordas rojas” el Cuartel de la Montaña de las afueras de Madrid, donde los oficiales se habían sublevado en signo de solidaridad con el Alzamiento de Franco y de donde, junto con otro camarada, escapa de la masacre. Mas las adversidades no acaban aquí, ya que, perseguido por los enemigos, llega primero a la cárcel de la Dirección General de Seguridad, en la que arriesga la vida para defender el honor de una mujer humillada por la grosería de un marxista, y luego, delante de un tribunal

popular, formado por tres judíos rusos y un universitario español cobarde, ocasión para el protagonista para afirmar valientemente sus ideas y de obtener, si no la absolución de la pena capital, al menos la admiración de los jueces. En el camino hacia el lugar donde querían ajusticiarlo, su inteligencia le ayuda a burlar a los soldados de su escolta y, al evadirse, llega a abrigarse, recibido muy calurosamente, en la Embajada de Alemania, de donde un avión le lleva a aquel país para que pueda regresar y penetrar luego en la zona “nacional”, porque su Patria necesitaba de su entusiasmo guerrero y de su brazo firme en la gran lucha que se avecinaba. En la Segunda Parte, quince días más tarde, vemos a Víctor en la línea del frente, donde, a través de breves episodios significativos, se resaltan sus brillantes cualidades, que le distinguen entre los demás, aunque ellos también se muestran valientes, fuertes, decididos, patriotas. Allí, participa en las batallas feroces contra las “fieras marxistas” y, en los momentos de espera, charla con sus camaradas y nuevos amigos: Isidro, Ignacio y Francisco de Borja, quienes, a pesar de su diferencia de clase, de nivel cultural, de mentalidad, se sienten unidos como los dedos de la mano por su ideal falangista. En una de estas batallas, llegan heridos los cuatro al mismo salón del hospital, oportunidad perfecta para el autor de ensalzar de nuevo el espíritu de servicio de los falangistas, su solidaridad, su altruismo en aquellas circunstancias dramáticas, cada uno intenta ayudar a los demás, y el gesto del joven aristócrata de donar sangre para una transfusión al mozo campesino es sentido por todos con muchísima emoción y presentado por el narrador como si de una transubstanciación mística se tratara, en el cuerpo mismo de la nación española que ve así a sus hijos hermanados por la acción del amor, unificadora de las clases sociales, de la Falange. En el salón en el que están yaciendo los cuatro falangistas, hay otros dos heridos, dos hombres de la muy famosa por su descabellada valentía *Legión Española de Marruecos*, los cuales consiguen que Víctor, sin renunciar a su ideal falangista, luche al lado de ellos. Siempre en lo más arduo de la batalla, al lado esta vez de los legionarios, Víctor resulta ser el más valiente de todos - como si su doble calidad de falangista y de legionario tuviera que duplicar su coraje y su fuerza -, sin nunca perder la fe en la victoria de los suyos, ya que ellos representan la justicia y la verdad, hasta el momento en que ve en un periódico la noticia anunciando que a José Antonio le han condenado a muerte. Al sentirse desesperado y desnortado sin la presencia del que era a la vez horizonte y estrella polar en su vida, loco de furia vengativa, el protagonista pide a sus comandantes que lo envíen a pelear con el enemigo, en una entrega que todos sabían era suicida. Víctor muere heroicamente, el día de su cumpleaños, y se le organiza un entierro de héroe de guerra. Todos aquellos hombres duros y fieros, los legionarios con los que ha compartido sus últimos meses de vida están llorando.

Como se puede notar, en la Primera Parte se trata sobre todo de construir, con los instrumentos que ofrece la literatura, un mecanismo destinado a poner en marcha y dar forma a la fluida - si no acaso inconsistente - materia del ideario político falangista, mientras en la Segunda Parte se insiste más en tejer una clase de epopeya en la que se realcen los actos de la FE y sus valores dinámicos, varoniles, estoicos, considerados típicamente españoles. Pero, como veremos, lo que se logra armar en la Primera Parte no es más que un pobre artificio retórico, que no puede hacer penetrar y obrar en la

mente del lector - salvo en la del ya convencido - esa sustancia empalagosa a la que los falangistas consideraban ora mística, ora poesía, ora ideología. En cuanto a la Segunda Parte, tampoco nos convence con su insistencia demostrativa en la excelencia absoluta de los falangistas, quienes, al poner a prueba lo justo de sus principios y la fuerza de su ideario en medio de una tremenda guerra, salen siempre ganadores. Con ese empeño suyo de mostrar que la FE aprueba tanto el examen teórico, como la prueba práctica de la Historia, el autor le quita toda veracidad artística a su obra.

Pero ¿cuáles son, más exactamente, los aspectos temáticos que remiten a la ideología falangista? Aunque tenemos que delinearlos en conformidad con el caso concreto de esta novela, veremos que tanto ellos por separado, como el perfil global que ellos le dan a la obra, todo lo añadido a nuestras explicaciones anteriores, hacen que ésta encaje perfectamente en el cuadro sintético trazado por Barrero Pérez para definir las novelas falangistas. He aquí los cuatro grandes campos temáticos de *Camisa azul*: 1) el irracionalismo, el pensamiento místico-religioso, con su corolario, el mito de la revolución por violencia, que es la misión de la FE; 2) la visión de España como suma de espacios sagrados y como síntesis de momentos históricos trascendentales, de figuras grandiosas y de valores tradicionales, entre los que el imperialismo y el catolicismo; 3) el falangismo como quintaesencia de las mejores cualidades humanas y de españolismo, versus la “anti-España”, o sea, sus enemigos, como suma de defectos, errores y pecados; 4) los rituales, los símbolos y la “poesía” de la FE, con el culto al jefe en el centro.

Agrupamos los campos temáticos de esta forma, que puede parecer un tanto arbitraria, ya que no respeta las correspondencias y el fluir de las ideas, por necesidades metodológicas, para poder formular los contenidos. Pues, si aducimos como prueba de todo lo dicho algunas citas, indispensables para dar una idea de lo que es el texto, ¿cómo clasificar los párrafos siguientes que abarcan todos estos campos?

a. “Enrique había salido confiado y puntual para la cita, y en la esquina de enfrente tres dedos en tres gatillos de pistola le abrían con silbido largo de balas certeras el camino del altar de los mejores. Tres regueros de sangre caliente y juvenil para el río fecundo de una España de nueva Geografía y nuevo clima. De ese río, impetuoso ya los primeros días de Julio, había surgido una bruma heroica que respiraban todos los españoles con avidez y amenazaba asfixiar a los bandidos y a los necios, a los frívolos y a los inconscientes que no querían oír en aquellos tiros, que taladraban las carnes falangistas, los cohetes primeros de la redención de España, de Europa y quizá del mundo entero, para quienes construía un nuevo modo de vivir aquella alegre juventud que sabía reír y morir sin vacilación en una centinela de Imperios” (*CA*: 30-31)². Hay que señalar aquí algunos aspectos que tienen relación con el irracionalismo, el pensamiento místico-religioso y el mito de la revolución, con la oposición axiológica y, finalmente ontológica, *nosotros / los otros* y con el mito del Imperio. Concretamente: la muerte del falangista significa, a nivel simbólico, no un final, sino un nuevo comienzo, pues su sangre sacrificada es fértil para el grandioso futuro de España que sus camaradas construirán y, para él, representa, por un lado, un pasaporte para el paraíso y, de otro

² Utilizaremos la abreviación *CA* seguida de la página para Ximénez Sandoval, *Camisa azul. Retrato de un falangista*, Valladolid, Librería Santarén, 1939.

lado, la admiración agradecida de los camaradas; luego, la categoría *españoles* excluye las categorías menos halagadoras y tan subjetivamente establecidas de *bandidos*, *nechos*, *frívolos*, *inconscientes*; en fin, la *redención* que los *españoles* traerán no será sólo la de su país, sino también de Europa y, “quizá del mundo entero” convertido en un Imperio hispano, al que los falangistas le preparaban “un nuevo modo de vivir”, o, diríamos, más bien de morir, si no eran ...*españoles*.

b. “Queremos el Imperio, pero construido con hombres libres, de voluntad imperial, no con esclavos famélicos y torturados. Concebimos el Imperio como la más gigantesca democracia: la voluntad de todos los españoles alzando el brazo para afirmar que quieren a España una, grande, libre. Sin candidaturas ni colegios electorales. Sin partidos ni coaliciones. España una y sola, arma al brazo y velando a la luz de las estrellas. Para ello sólo tendremos dos instrumentos: Trabajo (...) y Disciplina, que no es tiranía, sino conciencia del deber y de la jerarquía. (...) a todos impondremos el arco de luz de la verdad nacionalsindicalista” (CA: 56). Aquí, el programa fascista es evidente. Más allá de las contradicciones manifiestas - democracia, pero desigualdad; democracia, pero imperialismo; democracia, pero totalitarismo - lo que salta a la vista es que todos habrían tenido que vivir sometidos a su ideología, “alzando el brazo”, y bajo el signo de una “verdad” impuesta por violencia, la “verdad nacionalsindicalista”.

c. [España] “Es el idioma imperial con sus cincuenta acentos diferentes. (...) Es Don Quijote al pie de los molinos manchegos y es Santa Teresa (...) y es Fray Luis en su cátedra humilde creando Teología de Imperio (...) y es Francisco de Vitoria inventando el Derecho de gentes para el mundo (...). Es Colón, y Cortés, y Pizarro, y las banderas de Lepanto y los navíos de Trafalgar. (...) Son veinte siglos de gracia, de piedra, de música de estandartes, de historia imperial de Occidente que ahora pisan las patas monstruosas de los esbirros a sueldo de un Moscú amarillento y helado, con odios orientales y barbarie mongólica” (CA: 68). Los núcleos temáticos que se pueden distinguir aquí son la misma obsesión imperial, esta vez en relación con un nacionalismo construido a base de los hitos históricos, teológicos, místicos, culturales que representan la más granada hispanidad - aquel nacionalismo, edificado primero por la ultraderecha reaccionaria y la Falange y consolidado luego por el franquismo vencedor, destinado a crear la unidad de conciencias y a despertar el orgullo de los españoles -, a lo que se añade la ya conocida tendencia de situar a los enemigos en el reino infrahumano.

d. [Diálogo de Víctor y su camarada legionario, después de enterarse de la muerte del jefe de la FE]

- ¡Quiero morir, Alexis! Mi vida era un globo maravilloso henchido de su aliento. (...) Él era nuestra fuerza. Él era nuestra seguridad. Nos hablaba y éramos leones. Nos mandaba y éramos dinamita, pensamiento o religión.

- Las religiones subsisten en ausencia de sus profetas. El pensamiento vive muerto el Genio. (...) La Falange es un Evangelio, una obra de arte, un tratado de Mística y Filosofía. (...) Quizá a vuestro José Antonio le estaba reservado por el Destino, con la Ausencia, con la Asunción gloriosa, una misión evangélica (...). José Antonio - como el auténtico Mito - ha entrado a la vez por una puerta de oro en la Historia y la Leyenda (CA: 395-396).

A estas líneas se les podrían añadir páginas enteras, en las que Primo de Rivera aparece, siempre con mayúsculas, como *Profeta, Apóstol, Santo, Padre, Maestro, Jefe, Amigo, Genio, Héroe, Soñador, la más perfecta criatura de Dios*, e incluso se le compara con el Cristo crucificado, etc. Por eso, “los ciegos le ven”, “los sordos le oyen” y la naturaleza toda tendría que estremecerse por su dolor. Ésta es la “poesía mística de Falange”, este sufrimiento y esta gloria de morir por amor a España, esta muerte heroica que le ofrece al falangista tanto un puesto en la eternidad del paraíso, como un lugar en el panteón de las figuras sagradas de la FE.

La “poesía de Falange” es, además, sus rituales, su estilo y su retórica - en discursos, artículos, ensayos, poemas, novelas -, o sea, todo lo que constituye la mayor aportación de este partido al escenario ideológico y político español y su sello particular. Al reflexionar bien en todas las manifestaciones y el ideario de la Falange Española, vemos que esta inflación de elementos formales, exteriores, concretada en literatura por una mezcla de rasgos barrocos y románticos con tintes a veces surrealistas - si el autor no se propone, siempre como efecto estilístico, una máxima depuración -, sirve para disimular su falta de sustancia y de programa, así como para hacer que su ideología sea más atractiva e impactante entre los jóvenes.

En cuanto a Felipe Ximénez de Sandoval, no en vano miembro del grupo de artesanos de la retórica falangista, notamos que su estilo en esta novela tiene - claro, hipertrofiados - todos los atributos del estilo general de la FE. Acaso sea válido para él también, en la escritura de la obra, lo que dice el protagonista: “Si digo cosas bonitas no son mías, sino de la Falange, que es como la quiso el Jefe, con clavos en las botas y espumas en las frentes. Y como puente entre el hierro guerrero y el sueño del poeta, esa camisa azul (...)” (CA: 18).

Bibliografía

- BARRERO PÉREZ, Óscar, *Historia de la literatura española contemporánea. 1939-1990*, Madrid, Ediciones Istmo, 1992.
- NORA, Eugenio G. de, *La novela española contemporánea (1927-1960)*, T. II, Madrid, Gredos, 1962.
- SANZ VILLANUEVA, Santos, *Historia de la literatura española* (dir. por Rico Francisco), vol. 6/2, *Literatura actual*, Barcelona, Editorial Ariel, 1991.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio, *Historia de la novela española (1936-2000)*, vol. I, Madrid, Cátedra, 2001.
- Suplementos Anthropos*, “Literatura sobre la guerra civil. Poesía, narrativa, teatro, documentación: la expresión estética de una ideología antagonista”, núm. 39, Barcelona, 1993.
- XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, *Camisa azul. Retrato de un falangista*, Valladolid, Librería Santarén, 1939.